

rente, en el sentido de Ogden y Richards, en un primer momento. Su proceso de creación semiótica arranca de lo concreto, por ello es realista, pero lo supera con creces sin romper el vínculo del compromiso social; más aún, construyendo un nuevo plano simbólico, una connotación de la composición y el color que explica el fugaz momento detenido en la acronía del cuadro. Es el doble plano de que hablara L. Hjelmslev al distinguir entre «sistema» y «proceso». El texto pictórico del pintor malagueño es un proceso dinámico y polisémico que, no obstante, está en un sistema original y de larga tradición, lo que le asegura su cohesión interna y comunicativa. Se hacen necesarias una aproximación horizontal y una óptica vertical que enlacen los elementos microestructurales de superficie con el tópico central de la estructura profunda, del tema original que suele ser simbólico. Porque la pintura de Chicano se refiere a hechos humanos universales, partiendo de una concepción gnoseológica del arte que produce placer y profunda reflexión a través del reconocimiento y de la comprensión de la realidad. Se trata de una operación que transforma la esfera externa en interna, en el sentido de los modernos semiólogos soviéticos como V.V. Ivanov.

Intentemos reconstruir los diferentes niveles significativos. El punto de partida será el «tema» como materia elaborada y con frecuencia tópica: mitos de las artes, del cine, aspectos de lo cotidiano, que se ofrecen como materia con forma completa y autónoma, pero que le sirven para organizarse en un conjunto de nuevos elementos; a su vez, autónomos en sí, con los que establece concordancias y calculadas discordancias en una dialéctica que se sostiene en la ironía, la sorpresa y el ludismo; de tal manera que este conjunto de contenidos factuales, resultado del «continuum» de la experiencia, nos ofrece una nueva realidad más rica y sugestiva que la que se tomó como punto de partida.

Es un proceso dinámico de complicación significativa que integra las partes sin anularlas. Toda una época, la explicación más cierta de una tragedia personal o colectiva, sentimientos de ternura, alegría o dolor quedan en el vuelo mágico de su elaborada técnica como testimonio definitivo de nuestra controvertida civilización, prendidos en su originalísima recreación personal, en su permanente superación. Esa es su gran lección realista.

Antonio M. Garrido Moraga

### 3.— Un cigarrillo con Eugenio Chicano

La vida, este lugar en donde existe, diseminado, el paraíso, a veces nos separa. La vida, ese instante en donde se produce el prodigio de todas las formas del amor, a menudo consiente que caigamos en ese inmerecido frío que llamamos la soledad. Vivir es saber esto, y aceptarlo, agradecidos y desesperados. Ya que vivir es esto, este desgarramiento dentro de la exuberancia del sol, esta grieta de nieve al borde de lo maravilloso; ya que vivir es también ese horror, esa extrañeza, por entre la tarea de un hormiguero laborioso de compasión estereofónica, de admiración y gratitud comunitariamente impetuosas, de humano amor humano; ya que vivir es también ese sobresalto donde de pronto estamos solos, perdidos, castigados; ya que vivir es también y tantas veces ese silencio escandaloso; ya que es así vivir, pavoroso y glorioso, ha sido necesario el socorro

del arte. El arte, esta limosna general del mundo, esta pomada de misericordia, este lugar donde el castigo cesa, donde la soledad se retira, disminuye y se apaga, donde la perdición se desnuda y donde todo se reúne: «porque lo vivo era lo junto». Y entonces la memoria desplaza sus tentáculos de oro y empieza a recordar, como quien junta ovejas. «Nada es como es, sino como se recuerda». No hay arte sin memoria, pero el arte es mayor que la memoria: nada es como es, sino como necesitamos que sea, como ardemos que sea, como súbitamente conseguimos que sea: y de pronto no estamos solos. De pronto ya jamás, por un instante, en un instante, jamás estamos solos. Mejor aún: de pronto estamos como soñamos y como merecemos: todos juntos, Santo Dios, todos reunidos. Es entonces cuando sentimos el deseo de brindar, con una lágrima solemne, por la reunión, por el amor; es decir, por el arte. Por un artista, uno cualquiera, verdadero. Por Eugenio Chicano.

Viene la vida, esa criatura opulenta pero cargada de separaciones. Viene y nos besa el cráneo la alta vida, esa montaña de felicidad, pero respunteada por los espasmos de la desventura. Viene la vida, que es verdad que es lo más mágico y grande de la vida, pero nos trae a veces todo el diverso espanto de la separación. Viene con sus guerras civiles, con sus calendarios voraces, con sus impiadosas fronteras donde suena el reloj; viene con los sepelios donde caen seres que amamos y maestros de quienes no podemos prescindir; viene y se lleva para siempre la mujer que ya no nos ama, el hijo que creció de una manera inusitada y se avergüenza ya de la caricia de su padre, los padres que un día sólo disfrutaremos en los retratos sepia y en la memoria sepia; viene, la vida viene y coloca aquí una despedida, allí una enfermedad, en un rincón la hoja de periódico donde leemos que ha muerto Henry Miller; y en el fondo de la alacena, al calor del membrillo, de pronto llora en casa un romance de Federico, una rima de Luis, un cante de Silverio; abrimos el aparador y oímos gemir el frasquito de pastillas que acompañó a Pavese en aquel hotel de Turín, y oímos gemir a Gustav Mahler ante la cara muerta de su hija, y oímos gemir a Sísifo, que está allí, confundido entre la gente que llora en el entierro de Albert Camus, y oímos gemir —derramándose por entre las bolitas de naftalina— las aguas que van cubriendo suavemente a Alfonsina Storni, y oímos gemir a la guerra española entre las sábanas donde César Vallejo se nos sigue muriendo: «amado sea el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas!»; y entre tanto, y junto a la cortina, brevemente en el viento, llora de soledad el cine mudo.

La vida, que es un milagro porque es toda presencia, nos hace millonarios de ser; pero como también es tiempo, y el tiempo a menudo es dolor, y separación a menudo, la vida nos transforma en viudos múltiples, y nos deja en las manos vacías la lujuria de la orfandad. Entonces, justo entonces, viene el arte, majestuoso, con la lágrima puesta, con una cucharita en el nudo de la corbata, y nos pone una manta en las rodillas y nos besa en la frente: y ese beso estalla en forma de personas amadas, en forma de maestros, de amigos, de familiares, de almanaques recién vestidos de domingo. Y poco a poco vemos que la separación era mentira, que los años vuelven humildes y prodigiosos y bovinos, que acuden de la mano el cine y la pintura y el susurro feroz del cante, que están por fin y para siempre juntos Greta Garbo y los padres de Chicano, Arturo Rubinstein y quien ha de firmar, emocionado, estas palabras; que están por fin y para siempre juntos Galdós y Rosalía, Baroja y don Francisco de Quevedo, Concha Espina y la

delantera del Atlético de Bilbao: nuestra infancia, nuestro siglo de oro, lamiéndonos los párpados y poco a poco, en este instante eterno, acrílico sobre la tela compasiva, entramos en calor: veníamos tiritando por la estepa de las separaciones y de pronto nos vemos juntos, entrañados y verdaderamente vivos: juntos. Es entonces cuando sentimos el deseo de brindar, con una lágrima pequeña donde habita la dicha, por la reunión, por el amor; es decir, por el arte. Por un artista, uno cualquiera, verdadero, corazonado, desobediente y amoroso. Por Eugenio Chicano. (Me han dicho que en la noche, cuando suenan las campanitas de las iglesias dando las horas de la madrugada, y cuando Humphrey Bogart se sube el cuello de la gabardina, y cuando Bola de Nieve cierra lentamente el piano, y cuando suena un verdial solitario en la Peña Juan Breva, los habitantes de estos cuadros se desplazan de tela en tela, se reúnen todos y charlan sobre el cine, la guerra, la poesía y la sensualidad, fuman juntos sus cigarrillos, se besan las mejillas y firman manifiestos, y arropan a Chicano, que duerme soñando con ellos, que está dormido y junto. Me han dicho que en la noche enigmática, mientras dormimos, nuestros seres amados, nuestros maestros y nuestros recuerdos, se juntan como los bordes de una herida, y charlan en voz baja, para no despertarnos, y nos miran dormir, Eugenio, y sienten amor por nosotros. Me han dicho que a esa hora se disuelven las cerraduras y enigmáticamente se entreabren solas las puertas de todas las casas de la vida, y el perro callejero levanta alerta las orejas porque ha reconocido una bufanda blanca, la de Carlos Gardel, que se mueve fantásticamente en la esquina del mundo.)\*

Félix Grande

## El teatro argentino actual (1960-1987)

Es conocido el hecho de que la década del sesenta es un período de modernización y a la vez germinal para nuestra cultura. Esta situación es acompañada en el plano político por dos gobiernos democráticos —el de Arturo Frondizi (1958-1962) y el de Arturo Illia (1963-1966)— que si bien, por motivos que exceden este trabajo, actuaron condicionadamente, lo hicieron dando lugar al auge de la clase media y de la denominada

\* *Presentación de la exposición de Eugenio Chicano en el Castello Sforzesco. Milán, noviembre 1983.*